

La caza de la sombra

Eran más de las dos. Toda la ciudad estaba en calma. No se escuchaba ningún ruido excepto el continuo retumbar de la música bakalao de los after-hours y alguna efímera sirena de ambulancia. La ciudad dormía y sus habitantes se preparaban para un nuevo día en la monotonía habitual de la urbe. Un gato silencioso se deslizaba ágilmente entre tejado y tejado, buscando a su próxima presa. Sus patas almohadilladas apenas producían ruido al aterrizar de un salto en las azoteas. Corría a una velocidad vertiginosa y apenas se podía vislumbrar su estela en medio de la noche. Ya estaba cerca de su objetivo. De un brinco casi imposible, se encaramó a uno de los edificios más altos de la manzana. Sí, ahí estaba. Era prácticamente la única luz que estaba encendida en el bloque de pisos. Ni siquiera la persiana estaba echada. Allí, frente a una lamparilla barata y dejándose la vista en un ordenador, estaba ella. Encorvada y ojerosa, tecleaba con frenesí en el teclado de la máquina. El gato se sentó a observarla. Un ligero parpadeo, y el gato se había esfumado. En su lugar se encontraba una figura encapuchada. Su oscura silueta se recortaba contra la luz de la luna y el viento agitaba su capa. Esbozó una sonrisa siniestra y sus dientes resplandecieron en medio de las tinieblas.

*- Tú. – sentenció con un murmullo que sin embargo parecía expandirse con el viento
– Eres la siguiente.*

El despertador sonó demasiado pronto. O por lo menos a mí me lo pareció. Lo tiré al suelo sin contemplaciones... y se rompió. Con el ruido me incorporé rápidamente y miré el informe amasijo de ruedecillas que antes había sido mi reloj. Empecé a jurar en arameo y le di una patada de pura frustración. Hoy, desde luego, no era mi día. Corrí rápidamente a la cocina y preparé un par de tostadas – que se me quemaron, por cierto – y un descafeinado de sobre. Después, con las tostadas todavía en la boca, me deslicé al baño y contemplé mi reflejo en el espejo. Horrible. Quizás aún más de lo normal. Unas enormes ojeras se habían instalado – permanentemente – debajo de mis ojos y el pelo me caía lacio y sucio a ambos de la cara. Pero lo peor venía por culpa del catarro. Tenía la nariz enrojecida y no dejaba de moquear. Eso aparte de que me la había pelado de tanto sonarme. Mis ojos amanecían rojos y llorosos (otra vez). Me pasé un rato deprimiéndome frente a mi lamentable reflejo en el espejo y al final me convencí de que el trabajo era más importante. Me vestí con mi traje arrugado que aún no había planchado, cogí el informe recién redactado hacía apenas cuatro horas y salí precipitadamente de mi piso en dirección a la oficina. La gente se apartaba al verme pasar por su lado y me fui poniendo cada vez de peor humor. Llegué a la oficina resollando y respirando entrecortadamente; la garganta me ardía como si tuviera un hierro al rojo vivo abrasándome la tráquea. Decidí que tenía que tomarme una aspirina. Le entregué el trabajo a mi jefe, que me miró como si tuviera la peste, con una expresión que no sabría decir si era de compasión o de repulsión. Me senté en mi escritorio – todos mis compañeros prudentemente alejados de mí, por supuesto – y me tomé la aspirina. Esperé a que me hiciera efecto un rato, pero como no notaba la mejoría por ningún lado, encendí el ordenador y me puse a trabajar, frotándome las sienes y deseando que no me volviera la fiebre: ya había perdido muchos días en el trabajo. Al cabo de quince minutos, uno de mis compañeros me tocó el hombro y me dijo que el jefe quería verme. Alerta. Eso no era normal. “Oh, oh”. Me incorporé y me dirigí lentamente al despacho de mi jefe. Tenía que ser algo del informe. ¿Estaría mal? Mi mente no dejaba de imaginar terribles posibilidades, y ninguna de ellas me consolaba en absoluto. Tiesa como un palo y sudorosa por los nervios, me dispuse a abrir la puerta del corredor de la muerte.

Ya había entrado en el despacho. Era un momento crucial. Tenía que planearlo con extremo cuidado para que todo saliera bien. La figura encapuchada observó cómo ella entraba con la cara desencajada en la espaciosa sala. Rió por lo bajo. Era la hora de actuar. De un salto sobrehumano la figura abandonó el tejado para atravesar limpiamente el cristal de la ventana, como si no fuera sólida. La superficie del cristal se onduló como una gelatina y permitió el paso al siniestro visitante. La chica miraba nerviosa a su jefe, retorciéndose las manos y sentada al borde de la silla que había enfrente del escritorio del hombre calvo y gordo que era su superior. Ninguno de los dos parecía haber reparado en la presencia del encapuchado. La sombra se deslizó con un silencio sobrenatural y la capa ondeando, aunque en el interior no soplaban el viento. Se situó al lado del hombre y apoyó una mano pálida e insustancial en su ancho hombro. Acercó la cara a su oído y murmuró:

- Esto es lo que tienes que hacer.

Y, por un instante, sus ojos brillaron con un resplandor escarlata.

Se interesó por mi salud, el muy hipócrita. Qué le importaba a él mi salud. Le respondí con indiferencia y cortesía, como siempre. Entonces él posó sus rollizos dedos en el informe que acaba de entregarle antes. Me dijo que lo había leído. Sin más. Ni bien ni mal, aunque su mirada indicaba lo segundo. Se arrellanó en su butacón y suspiró con infinita paciencia. Se quitó las gafas y me miró a los ojos, luego me recordó que había faltado muchos días al trabajo – como si pudiera olvidarlo – y añadió que el informe tendría que haber llegado hace dos días – encima iba a ser culpa mía que me hubiera puesto enferma – y que el retraso le había causado a la empresa ciertas complicaciones con sus patrocinadores (puso especial énfasis en la palabra “complicaciones”). Luego dijo que eso no se podía repetir. No me gustaba nada el cariz que estaba tomando la conversación, porque estaba empezando a vislumbrar adónde quería llegar la morsa esa. Me miró casi con compasión y se quedó callado. Vamos. Dilo. Dicta la sentencia de mi fin. ¡No lo aguanto más!

- Estás despedida.

Aquellas dos palabras cayeron como una losa sobre mí. Creí llevar sobre mis hombros todo el peso de la Tierra, como un nuevo titán Atlas. La cabeza me empezó a doler casi un segundo después y el sudor frío que creía haber despachado de mi cuerpo empezó a empaparme la frente otra vez. Tuve la vaga conciencia de que mi jefe me calmaba con simples excusas. Que si no era culpa mía, que si hay crisis, que si patatín que si patatán. Todo excusas. Lo que quería era librarse de mí. Me entregó un sobre con mi liquidación – qué raro que la tuviera tan a mano desde el principio, ¿no? – y me mandó cortésmente a la calle, por no decir otra cosa. Salí del despacho tambaleándome y me tuve que apoyar en el marco de la puerta. La cabeza me ardía. Fui dando tumbos hasta las escaleras y me agarré fuertemente a la barandilla. Por un instante tuve la divertida sensación de que las escaleras se movían solas. Qué bien que las hayan puesto automáticas. Con una sonrisita estúpida en la cara, fui a apoyar un pie en el primer escalón y un instante después ya no pisaba nada sólido. Las escaleras desaparecieron y caí rodando patéticamente por la escalinata casi hasta el rellano. En algún momento de mi odisea me golpeé dolorosamente la cabeza con un bordillo y cuando todo se detuvo solo veía niebla y estrellas. Alguien gritó desde arriba y bajó corriendo. Me gritaba al oído el muy estúpido, y los demás se le unieron como un coro. Que se callen, por favor, que me duele la cabeza...

Ya casi estaba. Sólo un poco más y la cacería habría concluido. La figura encapuchada viajaba a una velocidad de vértigo sólo unos metros por detrás de la ambulancia que

llevaba a su presa al hospital. Demasiado fácil. Un poco aburrido, pero el resultado era el mismo. La sombra avanzaba entre los coches con una agilidad sorprendente, saltando por encima de ellos como si fueran vulgares guijarros en el camino. Él y la ambulancia doblaron una esquina y apareció el hospital al final de la calle. El encapuchado sonrió, ya casi había llegado. De pronto, una presencia lo golpeó con la fuerza de un huracán y lo derribó hacia atrás. La ambulancia pronto pasó de largo y se encaminó hacia urgencias. La sombra se incorporó con la furia en la mirada. Lo habían descubierto. ¿Cómo era posible? Gruñó de frustración, pues no le permitían el paso. La barrera estaba bien asentada. Respiró profundamente y empezó a planear su siguiente movimiento. Fijó la mirada en la puerta del hospital y esbozó una siniestra sonrisa. Ahora resultaba mucho más interesante. Lentamente, se internó en la oscuridad de las callejuelas. Sólo cabía esperar, pues el juego no había hecho más que empezar.

Me dolía la cabeza. Mucho. Abrí despacio los ojos y enfoqué la vista para darme cuenta de que estaba observando un fluorescente de hospital. Sentí un pinchazo agudo en la cabeza y gemí. A mi lado se movió alguien.

- ¿Se encuentra mejor? – preguntó una voz suave y melódica.

Giré la cabeza y me encontré cara a cara con el médico más guapo que haya conocido en toda mi vida. Era rubio y muy joven (quizá demasiado para ser un médico), sus rasgos eran suaves y armoniosos, y su semblante transmitía una paz y una serenidad que me hizo olvidar todos mis problemas. Sus ojos celestes me miraban con preocupación, y parecía sincera. Esbozó una brillante sonrisa que parecía capaz de desterrar todas las tinieblas. Me empezó a hablar con voz cadenciosa y seguramente me explicó cómo había estado apunto de abrirme la cabeza en una escalera, aunque yo no me enteré mucho, pues me encontraba en una especie de letargo indoloro del que no quería salir. Al poco rato entró una enfermera a atenderme y el doctor se levantó para marcharse. Al instante sentí una angustia terrible por lo que acababa de pasarme y deseé que el médico se quedara para prolongar el efecto relax que parecía emanar de él.

Al cabo de unas dos horas me encontraba en condiciones para irme y el médico pasó a darme las últimas indicaciones. Se movía con una gracia envidiable y apenas hacía ruido alguno. Me sonrió con sus immaculados dientes y volví a sentir aquella extraña sensación de tranquilidad en mi interior.

- Bueno, pues creo que usted ya se puede marchar. – dijo mirando el expediente – Aunque acuérdesse de que tiene que pasar por aquí dentro de cuatro días para que le mire los puntos de la herida. Hasta entonces procure no hacer movimientos bruscos para que no se le salten.

De repente frunció el ceño con un deje de preocupación. Otra vez. Me puse nerviosa sin saber por qué. Tuve la extraña intuición de que tal vez era capaz de transmitir su empatía a los demás. Parecía como si lo supiera todo sobre mí.

- Tenga cuidado con ese catarro y cuídese para que no empeore – dijo al fin, aunque yo intuía que en realidad le preocupaba otra cosa – Si se siente mal por cualquier circunstancia venga al hospital sin falta – luego volvió a su habitual expresión serena, aunque ya no sonreía – Pregunte por Miguel.

Le dije que lo haría y me despedí con educación. Entonces recordé que había quedado con unos amigos a las cinco y miré la hora. Horror, eran las cinco menos diez. Salí precipitadamente de urgencias y casi me abalancé sobre un taxi para llegar a tiempo. En la espalda noté la límpida mirada del doctor, que me observaba con inquietud, como si no pudiera protegerme...

Eran las cinco en punto, en la plaza de la fuente. El encapuchado se hallaba encaramado encima de la estatua en precario equilibrio, aunque no parecía muy preocupado por perder pie. Extendió los brazos en cruz y se concentró. De sus dedos surgieron diez haces luminosos que se dirigieron a distintos sitios de la ciudad, uno por dedo. Iba a empezar la función. El viento le trajo el olor de su presa, que ya se hallaba en el lugar de la cita, pero estaba sola. La sombra observó casi con diversión cómo ella intentaba inútilmente llamar por el móvil a sus compañeros. Pero solo podía haber una presa, y el juego era muy interesante. Cuando marcó el primer número y la respuesta sonó diez manzanas más allá, el encapuchado se concentró en el haz de luz del dedo anular de su mano izquierda. Atravesando las barreras del espacio, él cortó la comunicación justo después del primer toque del teléfono. No dejaría que su presa se escapara. Hizo lo mismo con los otros nueve, y poco a poco fue moldeando los haces luminosos para formar una intrincada telaraña que se cernía implacablemente sobre la chica.

Esto no me gustaba nada de nada. ¿Es que todo tenía que salirme mal? No había nadie esperándome en la plaza. Genial. Me habían dado plantón, los muy miserables. Me dispuse inmediatamente a teclear el número de uno de ellos para decirle cuatro cosas pero ni se dignó a contestarme. Furiosa, hice lo mismo con los otros pero no me contestaba ninguno. Ahí la furia dio paso a la preocupación. ¿Cómo es que no me cogía nadie? Igual les había pasado algo y yo encima culpándolos por el retraso. Tecleé el último número, y entonces mi teléfono hizo un ruido muy raro, como si hubiera interferencias. Me contestó una voz lejana:

- ¿Diga?
- Carlos, ¿eres tú? – pregunté con una súbita esperanza – ¿No habíamos quedado a las cinco?
- ¿Eh?... Ah, sí – hizo una pausa – Sí, pero lo hemos cancelado.
- ¿Cómo que lo habéis cancelado? – fruncí el ceño al ver que mi esperanza se evaporaba rápidamente.
- Por la lluvia, ¿sabes? Es que en el tiempo han dicho que va llover.
- ¿Y no me avisasteis?
- Lo intentamos, pero no cogías el móvil.
- Pues me podríais haber mandado un mensaje o algo, que eso lo habría mirado antes o después.
- Eh... – de pronto, su voz se volvió más insegura. Allí estaba pasando algo y no me lo querían decir – Esto... es que no se nos ocurrió.
- ¿Qué está pasando? – le pregunté sin rodeos. No se atrevió ni a contestarme – ¿Por qué no me lo dices de una vez? Ya me estoy hartando.
- Pues mira, es que hemos estado hablando de que... Bueno, que como con el trabajo y eso no pasas mucho tiempo con nosotros... Pues algunos piensan que ya no quieres venir – ¿Cómo? ¿De qué van? ¿O es que no ven que hoy he ido? – Además siempre estás... como rara. Has cambiado, antes no eras así – ¿Así cómo? Excusas baratas, excusas baratas. Me estaba poniendo mala – Y... y que ya no queremos que vengas con nosotros.

Así que era eso. Y el muy cobarde me colgó y me dejó con cara de tonta en medio de la nada más absoluta. ¿Cómo que “rara”? ¿Cómo que “trabajo”? No había oído peores excusas en toda mi vida, era casi como una broma de mal gusto. No había sospechado nada, todos eran tan majos como siempre... y míralos. Traidores, traidores. No se lo iba a perdonar nunca. Tranquilícense, señores, que por trabajo ya no va a ser, no. Éstas y otras cosas barruntaba yo en mi alma herida y desamparada, sin trabajo y sin amigos. Lágrimas de rabia se acumulaban inevitablemente en mis

ojos mientras apretaba las mandíbulas y maldecía a todo bicho viviente. Una gota cayó en mi cabeza, más concretamente en la zona de los puntos. Genial. Genial, genial, genial. No me podía ir peor. Empezaba a llover y no tenía paraguas. En pocos minutos empezó a caer un chaparrón con todas las de la ley y me vi en la precaria situación de tener que correr hasta mi casa. Me empapé el pelo y me calé entera. Encima me dolía la cabeza del llanto y la herida me latía dolorosamente, tanto que pensé que me iba a estallar la cabeza de un momento a otro. Doblé hacia una calleja maloliente para acortar el camino y allí, entre las sombras, empezó el principio de mi fin.

Cómo corría la pobre. El encapuchado se divertía sobremanera persiguiendo a su desdichada presa. La dejaría correr hasta que cayera por su propio pie. Enferma y herida, no faltaría mucho. Quería forzar los límites de su resistencia. Soltó una carcajada demencial, era tan divertido. Solo tenía que dar el último paso y se cobraría su trofeo. Y ellos no podrían hacer nada. Saltó hacia la calleja por la que había entrado su presa y se interpuso entre ella y su destino. No vería un nuevo amanecer. Lentamente, midiendo cada paso, se encaminó hacia su objetivo, que se dirigía a la boca del lobo sin saberlo, completamente inocente. Él se puso en tensión. Sólo quedaba el último juego.

Corrí por la estrecha calleja todo lo rápido que pude. Menos mal que mi casa estaba cerca. Luego ya me encargaría de ajustarles las cuentas a todos. De repente, un inexplicable temor invadió mi corazón. No estaba sola en la calle. Una siniestra presencia se palpaba en el ambiente. Aminoré la marcha, pero no me detuve. Solo me faltaba esto. Abrí los ojos con un acceso de locura y sobrepasé los límites de mi paciencia. Se acabó que todos me pisotearan como a un gusano. Me iba a encargar allí mismo de ejecutar mi venganza... pero no estaban esos desgraciados que me habían arruinado la vida en tan sólo un día, así que... (miré a la siniestra figura que se abalanzaba sobre mí) ...se iba a enterar ese. Sin pararme a pensar en que lo que estaba haciendo era prácticamente un suicidio, me tiré literalmente sobre el tipo que venía hacia mí con un grito de locura y él se detuvo desconcertado. Ya lo tenía. Qué ingenua que fui. El hombre, haciendo gala de una agilidad sobrehumana, se las ingenió para apartarse de mi trayectoria y robarme el bolso al mismo tiempo. Durante el breve instante que duró nuestro contacto, sentí un terror irracional en cada fibra de mi ser, que venía directamente del tipo de la capa. Le miré. Él me miró. Portaba en su mirada escarlata todas las tinieblas del universo. Me caí al barro. El otro se alejó corriendo con mi bolso. Lo miré con expresión ausente y de repente, me di cuenta. Mi bolso, mi liquidación, ¡mi dinero! Ni trabajo, ni amigos ni dinero. Me levanté como pude y perseguí al extraño hombre de la capa por toda la plaza y más allá, pero lo había perdido. Había perdido mi dinero. Me apoyé en una pared de la calle y me dejé caer, exhausta. Los pulmones me ardían y no me atrevía a respirar por si el aire frío me desgarraba la garganta. Mi cabeza era una auténtica caldera llena de lucecitas y noté la sangre resbalando por mi pelo. Genial, los puntos. Se acabó, no aguantaba más. Al infierno el jefe, al infierno mis amigos, al infierno el tipo ese, al infierno el diablo, al infierno todo...

Vaya contratiempo. No se esperaba ese ataque de rebeldía. Bueno, igual daba, más divertido. Él tiró el bolso a la fuente y se sentó, dispuesto a esperar a que la naturaleza siguiera su curso y su presa muriera al fin. Además, con la lluvia nadie la vería ni podría ayudarla. Sólo era cuestión de tiempo, cada segundo era una agonía para ella, y no tardaría nada en caer, nada...

De repente, sintió una llamada desde lo lejos. En su interior, un odio ancestral empezó a bullir incontrolado y un rugido de ira nació desde lo más hondo de su ser. Ellos lo habían descubierto. Maldición. Uno de ellos ya sospechaba algo y seguramente no tardó nada en atar cabos. Tendría que haber sido más cuidadoso, el leve roce con la chica les había dado su ubicación exacta. No tardarían en llegar y tendría que enfrentarse a ellos. Sin embargo, algo lo consolaba. Ya no podrían hacer nada por la muchacha. Eso los pondría furiosos, y a él le encantaba verlos furiosos. Entonces sabía que había ganado otra vez. No serviría de nada esconderse, así que se enfrentaría a ellos cara a cara. No era el final perfecto para la cacería, pero sería muy interesante...

Ellos llegaron en pocos segundos. Se habían dado prisa, mas era inútil. Al primero el encapuchado se lo esperaba, pero no creía que fuera a presentarse el otro también. Los dos se detuvieron, jadeando y echando chispas por los ojos de puro odio. Sus expresiones de furia desfiguraban sus hermosos y eternos rostros. Qué agradables, eran tan predecibles. Los dos rubios le dirigieron una mirada fulminante y el más alto gritó:

- ¡Gabriel! Ve a ver cómo está ella.

Gabriel se apresuró a tomarle el pulso a la muchacha. Seguramente estaba a punto de desaparecer. Gabriel miró con una conmovedora expresión de pena a su compañero. El otro gruñó de rabia y se encaró con el encapuchado. Gabriel suspiró desolado y Miguel no pudo reprimir la ira que emanaba de su alma.

El dolor había desaparecido. Todo era sufrimiento dentro de mi ser y un instante después flotaba en un mar en calma. Aunque no supe por qué, en ese instante evoqué la serena presencia del doctor rubio, el de los puntos. Sentía algo similar en ese instante. Me encontraba en un estado perfecto. Sin dolor y sin sufrimiento. Todo estaba oscuro pero no me importaba mientras pudiera descansar tranquila. Sin embargo, algo me decía que esto era pasajero, que no podía durar para siempre. En algún momento tendría que elegir, pero yo no quería elegir. Al final, alguien decidió por mí. "Abre los ojos", escuché. Y lo hice. En ese instante, sentí sobre mí todo el peso de mi cuerpo: los pulmones me quemaron y mi cabeza me ardió. Intenté respirar, pero fue peor. Lo único que podía alegrarme era que todas mis desgracias ya no me dolían, no me martirizaban. A mi lado había un joven rubio. Era tan parecido al doctor que casi se podía decir que eran gemelos, pero yo sabía que no era el mismo. Lo sabía porque el doctor estaba de pie delante de mí, interponiéndose entre nosotros y el maldito ladrón que antes me había robado el bolso. El joven que estaba a mi lado intentó reanimarme pero me sentía demasiado débil como para luchar. Me sentía como si tuviera una tonelada de plomo encima del pecho. El chico me obligó a mirarlo e intentó mantenerme despierta, pero hasta su suave voz sonaba cada vez más apagada dentro de mi cabeza. Miguel se volvió:

- ¿Puedes hacer algo por ella, Gabriel?

- No – sentenció el otro, dejándome en el suelo – El catarro se ha convertido en una neumonía atípica, Miguel, y la herida de la cabeza no ayuda mucho.

- Vaya... – susurró Miguel. Pareció sumirse en un pequeño trance – Entonces llévatela de aquí. Lo más lejos que puedas.

Gabriel asintió y me levantó en brazos sin esfuerzo aparente. Entonces creí que me llevaría corriendo al hospital, pero a los dos pasos se elevó en el aire y al instante me encontré sobrevolando los cielos de la ciudad. ¿Cómo era posible? Con un soberano esfuerzo, logré enfocar la vista en la cara del joven Gabriel, que resplandecía como un pequeño sol. De su espalda nacían dos enormes alas de plumas blancas, que agitaba sin cesar para ganar impulso. Cuando encontró la corriente las extendió en su

máxima amplitud, lo que a mi parecer le daba el aspecto de un enorme albatros nívoo.

- ¿Adónde vamos? – gemí.
- A un lugar donde él no pueda encontrarte – dijo no muy convencido. Intentó forzar una sonrisa tranquilizadora – Pero ya has sufrido bastante. Abandona tu cuerpo y confía en mí.

Así lo hice, aunque en el fondo sabía que tanto sus esfuerzos como los de Miguel eran inútiles. Cerré los ojos y me liberé de mi carcasa humana, aunque como temía, no seguí a Gabriel hacia arriba, sino que una enorme fuerza comenzó a arrastrarme hacia abajo, hacia abajo... Era el fin de la caza.

El arcángel Miguel miró al encapuchado con esa típica expresión de disgusto que le caracterizaba siempre que se encontraban. Lo amenazó:

- ¿Por qué lo has hecho, Luzbel?

Siempre igual. Qué poco original era. El encapuchado se desembarazó de la capa para mirar a su contrincante a cara descubierta. El pelo negro y los ojos escarlata de Lucifer surgieron de la capucha. Una sonrisa burlona y perversa se dibujó en su rostro perfecto, pues no en vano había sido el más bello de todos los ángeles.

- ¿Tú que crees? – respondió con una voz monstruosa, que destilaba todo el odio que sentía por los que una vez fueron sus hermanos – Me aburro mucho, Miguel. De vez en cuando me gusta salir a cazar almas, me entretiene.
- Deja en paz a la chica – dijo Miguel.

Mientras pronunciaba su amenaza, abandonó su forma terrenal y extendió sus alas, elevándose un par de metros del suelo. Luego juntó las manos y convocó su espada flamígera, que bañó la escena con su brillo iridiscente. Con el odio en la mirada, apuntó con su enorme mandoble al señor de los demonios. Sin embargo, éste no pareció inmutarse ante tal exhibición. Es más, se estaba divirtiendo mucho con su reacción.

- No te va a servir de nada, Miguel – rió – Habéis llegado tarde y lo sabes. También lo sabe Gabriel. Todo esto es innecesario. Ni yo te voy a vencer ni tú me vas a vencer a mí. El alma de la mujer ya es mía – Miguel lo fulminó con la mirada y le dirigió una mueca de odio – Además, esta me la debías, Miguel. No me gustó nada que me desbaratases los planes la última vez – lo recriminó.

El arcángel se dispuso a embestir contra el ángel caído. Lucifer soltó una carcajada aterradora.

- ¡Qué mal perdedor eres, hermano! Pero recreáte en tu desdicha, pues al final todas las almas serán mías y os derrotaré en el juicio, a ti y a los tuyos.

Miguel se abalanzó con la fuerza del fuego en su mano y ensartó sin miramientos al rey de los infiernos. El otro, sin embargo, lo miró con un brillo burlón en sus ojos escarlatas y le dijo:

- Hazme el favor y no seas impertinente. Relájate y disfruta del juego, pues la partida aún no ha acabado. Mueve tus piezas y deja que yo mueva las mías.

Y, sin más, se desvaneció en la nada y retornó a las tierras del más allá. Miguel maldijo y clavó la espada en el suelo de pura frustración. Alzó la mirada al cielo y suspiró desalentado.

- No es un juego, Luzbel.

Recuperó su espada y él también marchó de regreso. Había sido un error de cálculo, debería haber estado más atento. Tendría que ajustarle las cuentas... la próxima vez.

Paloma Abaurrea Marteles
4ºESO